



PLASENCIA.

En el dilatado valle que forman las vertientes de algunos ramales de los montes carpetanos, sobre una suave loma bañada por el Rio Gerte; se halla edificada la Ciudad de Plasencia, una de las poblaciones mas principales de Estremadura.

El Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Gimenez de Rada, en el libro 7.º de su Historia de España, capítulo 28, tratando de la fundacion de Plasencia por el Rey D. Alfonso VIII, trae estas palabras dignas de que la Ciudad las tuviese en mármol para memoria de sus hijos y elogio del gran Rey fundador. «*Convertit manum ad novitatem operum et edificavit denuo civitatem gloria statuit in ea præsidium patriæ, et nomen ejus vocavit Placentiam. Convertit populos in urbem novam, et exaltavit ibi Thyram pontificis, sacerdotio legis ordinavit eam et delatavit terminos ensis sui.*» Convirtió su mano á la novedad de las obras, edificó de nuevo una Ciudad de gloria, puso en ella el presidio de la Patria y llamóla Plasencia; convirtió los pueblos en una Ciudad nueva y ensalzó allí la tiara pontificia; ordenóla del Sacerdocio de la ley y dilató los términos de su espada.» Las palabras edificó de nuevo, así como la mencion, que hace el Rey en el privilegio ó carta de fundacion, de que «*él juntamente con su muger Leonor y sus hijas las Infantas Berenguela y Urraca, para honra de Dios, en un sitio, que desde muy antiguo se llamaba Ambrós, edifica una Ciudad á la cual puso el nombre de Plasencia (para que agrade á Dios y á los hombres);* han dado motivo, para que muchos y entre ellos Fr. Alonso Fernandez en sus anales de esta ciudad, y Tamayo de Salazar en las vidas de los Santos Epitacio y Basileo, hayan creído y sostenido, que Plasencia está edificada en las ruinas de la antigua Ambracia; ciudad que fundaron los Griegos, segun el cronicon de F. Destro, los comentarios del P. Bivar y otros autores, que fijan en dicha Ambracia el martirio de los Santos arriba espresados; pero, sin que pase de una opinion particular nuestra, parecemos, que si en Plasencia hubo antiguamente poblacion, seria muy insignificante, pues ademas de destruir aquella opinion

muchos hechos históricos y la ninguna mencion de la tal Ambracia en la España Romana y Goda, habiendo reconocido muy detenidamente la Ciudad, no hemos encontrado el mas mínimo rastro de antigüedad referente á ella. Decimos referente á ella porque en otro lugar hablamos de muchas traídas de la vecina Caparra.

El objeto que se propuso el Rey fundador fué el tener un baluarte en las fronteras de Castilla de que entonces era el limite, y para esto edificó un alcázar en la parte mas elevada y cercó la Ciudad de fuertes murallas con sus cubos ó torreones y barbacana, las cuales subsisten enteras y como en pocas ciudades de España. Sus vecinos correspondieron con sus servicios á Alfonso y sus sucesores; pues en el año de 1211 á poco de fundada la Ciudad, vemos á su segundo Obispo D. Domingo, acaudillando las huestes de Plasencia y su comarca en la célebre batalla de las Navas de Tolosa; y poco despues en compañía de S. Fernando en la conquista de Priego, Loja y otras villas de Andalucía, hasta que se asentaron las treguas. Pero al tal D. Domingo no le acomodaria el reposo, manejando tan bien la espada como el cayado, pues en el año de 1232 al frente de la gente de guerra de esta Ciudad, y acompañado del Maestre del Pereyro D. Frey Arias Perez y de los caballeros de las órdenes militares, puso cerco á Trujillo, que se tenia por los Moros, y la entró el dia de la conversion de S. Pablo, segun lo refieren los anales de la Iglesia de Toledo y Mariana en la Historia de España.

En los reinados siguientes se distinguieron en todas las empresas de alguna importancia los caballeros, que ya á este tiempo se habian establecido en Plasencia, de las ilustres familias de los Zúñigas, Monroyes, Carvajales, Nietos, Paniaguas, Chaves y Señores de Grimaldo; pero mucha parte de esta nobleza salió á los pueblos de su Señorío, cuando el Rey Don Juan el segundo dió la Ciudad, en 1442 al Conde de Ledesma D. Pedro de Zúñiga que tomó el título de Conde de Plasencia y se continuó en sus sucesores

24 DE DICIEMBRE DE 1848.

hasta que los Reyes Católicos, auxiliados por los vecinos de la Ciudad y algunos señores la entraron por sorpresa y la incorporaron á la Corona, jurando antes sus privilegios en la Catedral el 20 de octubre de 1488. La memoria de este suceso se conserva en una lápida colocada debajo de las armas y empresa de los Reyes Católicos, sobre la puerta de Trujillo, en cuya lápida en versos latinos se dice lo siguiente.

- » La libertad de la vida es preferible al oro y piedras preciosas.
- » Esta libertad hizo una ciudad noble á Plasencia,
- » A la cual despreció la fortuna; mas ahora la restituye al Rey.
- » Los nobles y los héroes de la Ciudad de Plasencia,
- » Terrible bajo el Estandarte Real venció á los enemigos;
- » Conviene pues á los hombres estar bajo la obediencia de los Reyes

AÑO DE M. MDLXXXV. II.

En los años anteriores, durante las turbaciones de Castilla, cuando algunos grandes y Prelados dieron á la Monarquía aquel escándalo en Avila, el desgraciado Rey D. Enrique IV. Fugitivo en sus mismos estados, determinó acogerse á la generosidad del Conde y vecinos de esta Ciudad, los cuales le recibieron como á su Rey alojándole en el Alcázar, donde estuvo muy obsequiado por espacio de cuatro meses, hasta que Toledo le abrió sus puertas. Sin duda por este acto de lealtad tiene Plasencia los títulos de *muy noble y muy leal*.

Asentada como hemos dicho en una loma suave, cuyos lados de E. S. y O. baña el Gerte con sus aguas y hermosa con sus orillas vestidas de arbustos, presenta una vista alegre y caprichosa, ya por la Catedral, que con sus agujas parece un buque empavesado, descollando entre el caserío y las torres de iglesias y conventos, ya por los bellos paisajes que ofrecen sus alrededores. Su planta se acerca á la de las poblaciones modernas, pues sus calles, estrechas como todas las de aquella época, son rectas y bien trazadas, desembocando las principales en la plaza mayor, que es cuadrada, rodeada de soportales y colocada en el centro de la Ciudad. Para desahogo del vecindario, se hallan repartidas en el casco de la población, siete plazuelas, casi todas con su fuente pública, siendo nueve el número de estas en la Ciudad. Las casas en lo general son de tres pisos, blanqueadas interior y exteriormente, lo que hace que las calles sean bastante claras.

Los edificios mas principales que se encuentran ademas de la Catedral (1) son siete Parroquias, cuatro conventos de Religiosas, habiéndose suprimido uno en la época de la excomunión y tres de Religiosos, tiene ademas un Seminario Conciliar, una casa Hospicio, tres Hospitales, dos Palacios, el Episcopal y el de los Marqueses de Mirabel y varias ermitas dentro y fuera de la Ciudad siendo muy bellas entre estas, la de la Salud edificada sobre la puerta de Trujillo donde se venera una hermosa Imagen con el título de la Salud, y la de N. S. del Puerto á media legua de la Ciudad, en medio de riscos que hacen una situación muy pintoresca.

En gracia de la brevedad, diremos algunas cosas mas notables que encierran los templos y establecimientos. En la parroquia de S. Nicolás el Real al lado del Evangelio hay una capillita con su cúpula, retablo de buena arquitectura y un suntuoso sepulcro del Obispo de Coria D. Pedro Carvajal, natural de esta Ciudad, cuya estatua de mármol se vé arrodillada detras de un reclinatorio. Tambien se vén en la capilla de S. Ansano diferentes sepulcros del siglo XIII pertenecientes á los antiguos Señores de Monroy. La parroquia de S. Martín tiene notable la capilla de S. Blas con sus elegantes columnas corintias istriadas, pero en las parroquias del Salvador, S. Pedro, S. Estevan y S. Juan no hay cosa que ver. Los conventos de Religiosas no contienen cosa notable, si exceptuamos la Encarnación, que tiene una tabla de la escuela de Rafael y las Capuchinas, donde se vén algunas pinturas del estilo de Carreño. De los con-

ventos de Religiosos el único dedicado al culto es el de S. Vicente de PP. dominicos, su magnifico templo del estilo gótico y uno de los mejores que poseia esta orden en España; le fundaron los Condes de Plasencia D. Alonso de Zúñiga y Doña Leonor de Pimentel su muger. En el crucero está enterrado el cardenal D. Juan de Zúñiga, Arzobispo de Sevilla y último gran maestro de Alcántara. En la capilla del Rosario está el enterramiento de los Marqueses de Mirabel entre los cuales se halla sepultado D. Luis Avila y Zúñiga, segundo Marqués, general de nuestra caballería en Alemania y autor de los comentarios de las guerras del Emperador Carlos V á quien acompañó en todas sus expediciones. Hay tambien en una capilla en el cuerpo de la Iglesia un magnifico sepulcro de D. Martín Nieto, comendador de Yébenes, cuya estatua de mármol muy elogiada por Ponz fué mutilada por los franceses.

El palacio unido al convento es de los Marqueses de Mirabel, antes Condes de Plasencia, y tiene un grandioso patio con galerías y fuente en el medio. El Hospital General ó de Doña Engracia es el mejor de la provincia, gracias al Ilustrísimo Sr. D. José González Laso, Obispo de esta Ciudad, que entre otras obras dignas de los Romanos, como fueron calzadas y puentes con que enriqueció á Plasencia á principios de este siglo, hizo un aumento de consideración á dicho Hospital con cuatro grandes y espaciosas salas, que forman un cuerpo unido á lo principal del edificio, todo del mejor gusto y que respira magnificencia. En él se dá asistencia á cuantos enfermos se presentan, para lo cual tiene buenas rentas, con que están dotados los correspondientes facultativos y una excelente botica. El Hospicio fué anteriormente Colegio de la Compañía de Jesu; la Iglesia es de una sola nave y en su fachada tiene dos estatuas de Santa Ana y la Virgen con el niño de regular ejecución; lo demas del edificio corresponde á su destino; y ya que estamos cerca hallaremos del magnifico aqueducto que surte de aguas la Ciudad. La fuente de donde se traen nace en unas sierras á tres leguas de distancia, viniendo encañada por espacio de siete, á causa de las vueltas y recodos que hace el terreno montuoso, al llegar á la ermita de S. Anton junto á la cual se ha hecho un bello paseo con una frondosa alameda, atraviesa sobre mas de ochenta arcos, hasta venir á parar á un arca ó receptáculo general situada cerca de la fortaleza, y desde la cual se distribuye á las fuentes públicas, Conventos, Seminario, Palacio, Cárcel, Hospital y bastante número de casas particulares. Olvidávasenos decir, que en el Palacio Episcopal que es espacioso pero de una arquitectura extravagante y moderna, se encuentra una copiosa Biblioteca, parte que fué de los Jesuitas y lo demas de diferentes donaciones.

Seis son las puertas y dos los postigos que dan entrada á la Ciudad, y por tres de ellas la del Sol, Trujillo y Coria se sale á tres puentes de piedra, que hay sobre el Gerte. La ronda plantada en algunos parajes de arboleda, ademas del cómodo paseo que proporciona, tiene la ventaja de las hermosas vistas, que ofrece de viñas con caseríos, olivares, huertas y el delicioso sitio de la Isla, por la parte de E. y S.; y por N. y O. pintorescas colinas de cañchos y alcornoques, que ofrecen un variado contraste con las vistas anteriores.

Plasencia ha sido madre de hombres célebres en armas y letras, contando entre ellos varios Cardenales, Obispos, dos Grandes Maestres de Alcántara y algunos generales. En el día, á pesar de verse reducida á la segunda población de la provincia, conserva el rango que tan dignamente ocupó en lo antiguo, cuando sus procuradores tenían asiento en las Cortes de Castilla, y sus corregidores eran de la primera grandeza. Sus mercados son los primeros de Extremadura y los delicados frutos de su Valle y Vera tienen nombradía en todo el Reino.

FRANCISCO W. PLA A.

(1) Véase el número 38 de este año.



LA PERDIZ.

Cosa notable es la proposición del hombre, á destruir. El cazador persigue la caza por el triste y cruel placer de perseguirla, sin que la necesidad le escuse; los mas intrépidos esterminadores carecen de ella; es preciso no ser pobre para tener el placer de matar una perdiz, y es bien raro un cazador que guste de la caza en la comida.

Aunque es cierto que la perdiz se alimenta de grano, no es ciertamente esta comila la que prefiere, sino varias especies de insectos que sino tuvieran este enemigo, harían un daño irreparable á los frutos, así es que prefiere siempre los terrenos mas cultivados, porque allí es donde se multiplican y á pesar de las persecuciones de que es objeto, no se consigue desterrarla á territorios incultos y solitarios y tales pájaros vuelven con perseverancia al paraje que han adoptado. No debe suponerse que esta costumbre, apego semejante á los terrenos cultivados y la estrechada fecundidad de la perdiz, dejen de tener un objeto particular en la economía de la naturaleza, que todo lo tiene previsto y cuya sabiduría lo ha preparado todo con una intención favorable á la especie humana.

Las aves que se alimentan en el vuelo viven casi exclusivamente de insectos, y de animalillos que no deben comprenderse en esta denominación, y si bien es cierto que la perdiz come tambien granos y algunas plantas, recojiendo así con el hombre su parte de cosecha, los servicios que presta destruyendo los insectos, que sin ella lo devorarían todo, son mas que una compensación de la pequeña parte que consume.

Las perdices son de dos especies; la gris y la encarnada. Estas aves son demasiado conocidas para que nos detengamos en hacer aquí una descripción detallada. La perdiz encarnada se llama así por el color de sus patas. El macho es mas grande y los colores de la pluma mas brillantes que los de la hembra, está armado de espolones, como el gallo, con la diferencia de ser mas cortos y menos puntiagudos. Los buenos cazadores saben conocer al vuelo en una bandada, los machos de las hembras y tiran á los primeros con preferencia por ser mayor el número de las segundas y porque son mas importantes para la reproducción.

La perdiz es extraordinariamente fecunda, rara vez pone menos de once huevos y muchas veinte, habiendo algun caso en que se han contado treinta y tres. Comienza á poner á fines de mayo y guarda su nido con tanto cuidado que no le abandona cuando se acercan y le defiende animosamente, contra otras aves. El macho cuida tambien á la madre, la ayuda á defender el nido y á veces recurre al artificio, haciéndose perseguir por otro lado para alejar á los curiosos. Las lluvias largas y abundantes son muy perjudiciales en esta ocasion, porque mu-

chos huevos son destruidos por la humedad y por el frio y hasta los perdigones de pocos dias, se hallan faltos de fuerza en las patas para sostenerse, caen y perecen. La ternura que los padres manifiestan en esta situación, es un espectáculo verdaderamente lleno de interés y pocas personas se entregarían entonces al bárbaro placer de hacerlos mal ó espantarlos siquiera. Cuando son descubiertos por un perro ó alarmados por su proximidad, el macho les advierte el peligro por un débil chillido de alerta, despues vuela hácia el peligro rastreándose por el suelo y afectando debilidad para engañar al perro, haciéndole creer que es una presa fácil, este le sigue alejándose cada vez mas en opuesta direccion al sitio en que se halla la hembra, que huye tambien por de pronto, pero vuelve al instante, llama á su familia dispersa oculta en la maleza, la reúne y la guía lejos del peligro, antes que el perro haya tenido tiempo de volver de la persecucion del macho, cuyo vuelo se remontó tan pronto como vió que se hallaba bastante lejos, para no temer por sus hijuelos.

LA MONJA DE SAN PAYO.

El invierno del año de 1833 tocaba á su fin y la ciudad de Santiago de Galicia estaba envuelta en una capa de niebla que aumentaba la lobreguez de sus calles y la oscuridad de sus edificios. En uno de estos, de aspecto sobrado humilde, vivía una honrada familia compuesta únicamente de tres individuos: un matrimonio, símbolo de la paz doméstica, y una hija tipo ideal llevado á la realidad. Los tres vivían en esa envidiable tranquilidad circunscrita al seno familiar y presajio á veces de un tejido de desgracias.

La providencia, oculta bajo el nombre de la casualidad, llevó á los hogares de esta reducida familia un fraile Benedictino, antiguo vicario de las monjas de S. Payo.

La influencia que á la sazón ejercían los hábitos de cualquiera orden monástica, y los sentimientos religiosos, llevados hasta el fanatismo, que entonces y aun ahora predominan sobre todos los demas en la ciudad á que nos referimos, hicieron acoger al P. Ubaldo como un individuo mas de la familia al cual todos demandaban su parecer sobre cualquier asunto que se tratase. El, por su parte, sabía captarse el aprecio de todos los que le rodeaban con una hipocresía ascética cubierta con el sagrado manto de su orden. Solo una persona, tan solo una de este modesto triunvirato, aborrecía la presencia del reverendo Padre;... era esta la joven Maria.

Hé aquí la causa de este odio.

Desde la primera vez que el P. Ubaldo habia visto á aquel ángel de hermosura, su semblante se grabó en el fondo de su corazón con una huella que no podía ya borrar la soledad del claustro. En vano retirado en su celda del Monasterio de S. Martin, ro-

deado de piadosos libros y de sacrosantas imágenes, pedía al cielo el olvido de aquella muger que le arcañaba de un éxtasis divino para hundirle en el fango del mundo. La belleza de María se presentaba á sus ojos como el último crimen á la imaginación de un condenado.

El fraile amaba á Dios en su criatura.

Esta pasión criminal llegó al momento al copocimiento de la hermosa jóven que leía en las miradas del fraile el deseo que le devoraba.

El cielo no podría jamás reunir dos naturalezas mas opuestas; por su misma oposición casi se tocaban.

El P. Ubaldo rayaba, al parecer, en los 30 años; era de elevada estatura, seco, pálido, con la frente llena de simétricas protuberancias, los ojos saliendo de sus órbitas y los labios estrechamente delgados que se escondían bajo su nariz aguileña.

María contaba 18 primaveras; sus ojos negros, como si nacieran sobre el ardiente suelo del Ecuador cedían bajo el peso de cualquier mirada; y el carmín que entonces asomaba á sus mejillas era una prueba de su delicado temperamento. Sus facciones tenían esa esbeltez mórbida que los grandes pintores comunican á las vírgenes de sus cuadros. Su vida marcharía tranquila hasta la tumba sino hubiese encontrado en su carrera el germen de su desdicha, si hubiese nacido *un año mas tarde*, pero, valiéndonos de una fórmula oriental que tanto significa, solo diremos que: ¡asi estaba escrito!

Un día que, por una confianza natural, habían quedado solos el P. Ubaldo y María, atreviése aquel, por la primera vez de su vida, á manifestar la pasión que le devoraba.

—María, exclamó el fraile, dirigiéndose á su víctima y clavando en ella sus pupilas de fuego rodeadas de una aureola de sangre.

María era la primera vez que se veía sola delante de un hombre; de un hombre sí, porque la contención del religioso desaparecía ante la debilidad del mortal; así es que no se atrevió á replicar y bajó su cabeza obligada por el peso moral de la mirada que sobre ella caía.

—María, volvió á repetir el P. Ubaldo, ¿por qué temblais?

—¡Tengo miedo! exclamó aquel ángel de paz subyugado por el demonio.

—¡Miedo!... á quién?... ¿por qué? ¿no estoy con vos?

—Dejadme, Padre, dejadme, ó doy un grito; replicó María, y levantándose un momento de su silla, volvió á caer como magnetizada por las miradas del fraile siempre clavadas en ella.

—No, no griteis;... oídme antes, yo me pondré á vuestros pies á confesar mis culpas como se pone el penitente á los mios á confesar las suyas. Yo tambien soy culpable, María, y vos sois quien debeis de absolverse.

—Callad, callad, contestó María al lenguaje simbólico del fraile.

—Sí, callaré, pero oídme. Un día caminaba absorto en mis meditaciones dirigiendo mentalmente una oración á la Madre del Eterno, alzé los ojos y os he visto por primera vez delante de mí. Entonces descendí para siempre del cielo á la tierra, del claustro al siglo. El mundo volvió á ser para mí el teatro de mis ilusiones y vos el objeto de mis ensueños. Sí, María, desde entonces os veo siempre ante mis ojos, en el altar, en la celda, en mi corazón... en todas partes... en todas partes he alzado un culto para vos.

—¡Imposible!... ¡Imposible! clamó María sobresaltada por aquellas palabras que jamás había oído.

—¡Imposible decís! ¿Creeis que este ropaje impide á mi corazón toda afección mundanal? todo cariño mútuo? No, María; el amor es el distintivo de nuestra especie y nosotros, por el carácter con que estamos revestidos, debemos de amar á todo el mundo mas que á nosotros mismos. Pues bien, ese cariño que yo debía tener á todo el género humano está concentrado en vos, solo en vos, porque sois la personificación material de un Dios de paz y de hermosura.

—¡Blasfemo! ¿Y no temeis ofender al cielo con vuestro amor criminal?

—Para el eterno ningún amor es criminal cuando es puro. ¡Criminal! Los hombres quisieron que lo fuese porque el hombre no se comprende á sí mismo. ¡Ah! Miradme, María, que pueda al menos contemplar frente á frente vuestros ojos que me fascinan, vuestro semblante que me mata.

Al concluir estas palabras que el P. Ubaldo había revestido de una entonación religiosa, su capucha, que resbalara sobre su cabeza durante el color de la declaración, se plegó sobre la espalda dejando al descubierto su tonsurada cabeza, notable por la convexidad de sus ojos y su elevada frente.

—¡Callais, María!

—¿Qué quereis que os diga? repuso la hermosa jóven y chocando con sus miradas en las del fraile, cubrió con sus párpados la delicada pupila que el reverendo pretendía clavar en un punto.

—Vedme á vuestros pies... y no me preguntéis que quiero;... y aquella astuta serpiente se arrojó á los pies de María, de aquella muger pura é inocente como el hálito de un niño.

—Apartad, apartad.

—No, no me levantaré de aquí hasta que oiga si me amais.

—¡Amaros! ¿qué habeis dicho? ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó María con un acento de dolor que á cualquiera conmoviera menos á su verdugo que hacia entonces el papel de víctima.

—Amarme... sí... y me amais ¿no es verdad?

—Jamás, jamás, gritó, y alzándose con un valor sobrenatural y que solo Dios presta en ciertas circunstancias, dirigióse hacia la ventana del aposento.

El fraile la seguía de rodillas como un reptil que acosa su presa, y alzóse repentinamente al ver que María dirigiéndose á una persona que á la sazón pasaba por la calle, exclamó:

—¡Ah! Carlos, Carlos...

El P. Ubaldo observó la mirada que desde la ventana partió á la calle y echando la capucha sobre su cabeza, bajó apresuradamente las escaleras encontrando en el portal al jóven á quien María se había dirigido.

II.

Carlos era estudiante y cursaba en la Universidad el último año de su carrera. Su amor á María era ese amor divino que nace con el hombre; que en la infancia es un ángel que rodea nuestra cuna vijilando nuestro sueño, en la adolescencia es una ilusión que forjamos en nuestros momentos de éxtasis, y en la juventud es ya una muger. Ese ángel, esa ilusión, esa muger por quien Carlos suspiraba hacia 24 años... era María. Antes de verla la amaba ya, si bien el objeto de su amor no era material, tangible.

Ella por su parte, dotada de una organización débil, de un espíritu apocado inherente á esa organización ¿podría vivir sin amar?... ¡Imposible! cual una débil caña que azota el huracán sería arrastrada al momento por el desierto de la vida. Carlos fue correspondido en el momento que manifestó su cariño, porque María tenía necesidad de amar, necesitaba otro corazón que abrigase el suyo.

Ademas, siendo la declaración de Carlos posterior á la entrada del P. Ubaldo en la casa de María y conociendo esta la pasión que al fraile inspiraba su hermosura, buscó en su amante la protección contra aquel hombre que tanto la dominaba; pero una protección tácita, pues jamás le había manifestado los intentos criminales del religioso porque se creía culpable con solo haberlos inspirado.

Volvamos ahora á ligar los acontecimientos de esta historia.

Hemos dicho que el P. Ubaldo había encontrado á Carlos al descender la escalera, pero este no le había conocido porque la negra capucha cubría las facciones del fraile como la máscara de su delito.

El jóven estudiante subió precipitadamente los escalones que le separaban de su amada, y al llegar á

la habitación de esta se detuvo al oír la voz de su padre.

—Quizá, pensó al momento, alguna escena doméstica turba la paz de María; respetemos el sagrado de la vida privada.

A nadie parecerá extraña la conducta de Carlos.

Al pasar por la calle para ver á María, la oye dar un grito dirigiéndose hacia él; su corazón le dice que ese grito es de dolor y sube presuroso á protegerla creyendo que alguna persona agena á su familia lastimaba su corazón, pero al oír la voz de su padre se tranquiliza algun tanto y vuelve á descender lentamente porque jamás había podido entrar en el recinto de su amada.

Ese retraimiento familiar tan mal entendido y por desgracia bastante comun todavía en muchas ciudades y familias, había impedido á los padres de María (1) el ofrecer jamás su casa á ningún jóven; ¡cómo si la juventud fuera un crimen! Temían acaso que el veneno de las pasiones, el hálito corrompido que infecta á la sociedad corroyese su virgen corazón.... No, el hombre no ofende cuando ama, el hálito de la pasión no es el hálito que mancha y Dios, cuando ha creado al hombre, le dió por compañera una mujer.

Tal había sido la conducta de los padres de María hasta que llegaron á tener con el P. Ubaldo la intimidad que hemos indicado. Guiados despues por las piadosas observaciones del religioso, siguieron su primitiva marcha tan opuesta á los deseos de Carlos y María. Las cartas eran, pues, el único recurso de estos dos amantes; recurso de que Carlos se había valido para manifestar sus primeros sentimientos á su amada.

El día despues de la escena que en el capítulo anterior hemos referido, presentóse el P. Ubaldo en la casa de sus protegidos. Su semblante estaba inalterado aunque en su corazón había otra lucha de pasiones que no existían el día anterior. La piramidal capucha de su hábito cubría casi enteramente sus facciones, y solo en el fondo de tan lóbrega cubierta se divisaban dos puntos brillantes como los focos de luz de dos espejos negros.

Al momento que llegó pidió una audiencia particular á los padres de María y el corazón de esta latió aceleradamente como presajando algun daño que la iba á suceder. Su corazón no la engañaba como no nos engaña nunca cuando está cerca un peligro y le prevenimos por alguna circunstancia.

Despues de algun tiempo de conversacion, asaz larga para la ansiedad de María, retiróse el P. Ubaldo con esa lentitud claustral que imprimía á los frailes un sello de bondad y mansedumbre.

María se quedó frente á frente con sus padres.

Nadie se atrevía á interrumpir el silencio que cubría á esta desgraciada familia.

En las situaciones críticas, la mujer tiene mas espíritu sino mas corazón que el hombre, mas serenidad sino mas valor y la madre de María fué la primera que osó quebrantarle oprimiendo entre sus manos las delicadas de su hija.

—María, exclamó, nos vamos á separar.

—¡A separarnos! ¿qué habeis dicho?

—Sí, hija mía, á separarnos;... pero no flores; nos veremos todos los días.

—¡A separarnos y nos veremos!... no os entiendo, repitió María ahogada por la emoción y fijando sus miradas en las reconditas pupilas de su Madre. Esta no pudo proseguir; el llanto trémulo de la vejez selló sus labios con la rigidez inflexible de los nervios. Su esposo la sucedió en tan funesto diálogo.

—Sí, María; esta noche irás á un convento en donde pasarás el resto de tu vida.

Esta orden tan concisa como terminante era el eco de las palabras del fraile, era el presentimiento de María. Por lo mismo no se atrevió á replicar, y así como el viento de la tempestad arrebató á las flores su rocío, así estas palabras arrebataron á los ojos de

aquella jóven las lágrimas que pulieran aliviarla. Alzóse paulatinamente como si su cabeza fuese de plomo, y volviéndose hacia un crucifijo que adornaba uno de los ángulos de la habitación.

—Cúmplase vuestra voluntad, padre mio, exclamó y cayendo de rodillas empezó á orar.

Fácil es de explicar el diálogo que acabamos de escribir conociendo la dominación peligrosa que en la época á que nos referimos ejercían los frailes. El despotismo religioso, si bien había decaído desde la estinción de un tribunal aborrecido, todavía ejercía su dañina influencia sobre las almas débiles que creían ver en lontananza el restablecimiento de las mazmorras y hogueras que sus dominadores les pintaban. Estos eran los sueños dorados de esos hombres pusilánimes que guiados toda su vida por consejos monásticos, no tenían otra voluntad que la de sus confesores. ¡Miserables autómatas que los Ginesillos del claustro ponían en juego para sus terribles maquinaciones!

Fascinados los padres de familia por la suave elocuencia del P. Ubaldo y amedrentados por el horroroso porvenir de su hija que el fraile describía con siniestros colores, cedieron á sus instancias y entregaron á la hermosa jóven en manos de su verdugo.

Carlos, el pobre Carlos, fué la causa de tan estraña determinación.

El P. Ubaldo sabía ya el cariño que este jóven profesaba á María, ese cariño que él tradujo por una sola mirada, y pintando ese amor puro, innato, como un amor criminal, calculado, fácil le fué conseguir sus intentos para trasladar á su víctima á un recinto sagrado.

Tranquila María despues de algun tiempo de oración, único panacea de nuestros males, pidió pormenores á su Madre acerca del proyecto que hacia poco le manifestara y supo que el convento que la estaba destinado era el de S. Payo, y la hora en que tenía que abandonarlos las 12 de la noche. Inmediatamente escribió á su amante la suerte que la tenían preparada, confiando en él como el único apoyo de su triste vida y el único que podía salvarla de tan azarosa situación.

Las 11 de la noche acababa de dar el reló de la Catedral con su voz hueca y sonora que cunde circularmente en las capas de la atmósfera como las ondas cansadas por el choque de una piedra sobre las tranquilas aguas de un estanque. Estas once campanadas resonaron en el corazón de María como en los oídos de un moribundo que tiene calculada su vida. Pero á ese ruido monótono y vibrante del bronce se unió otro tan significativo como inesperado para aquella familia anegada en llanto. Era el rodar de un carruaje que venía á trasladar á la futura monja al sepulcro de su belleza.

El ruido del reló y el del carruaje se apagaron en un mismo eco... y un cuerpo negro descendió de este vehículo misterioso. Abriéronse todas las puertas á su paso y presentóse en la habitación, teatro de sus infames manejos.

El P. Ubaldo venía á reclamar su víctima.

Hubo un momento de silencio interrumpido tan solo por los sollozos de tres personas.

—Vamos, exclamó la cuarta, y que no lloraba porque su corazón no había llorado jamás.

—¡Madre mia!... ¡Padre mio! se oyó una voz, dulce como la de un ángel, y que deseaba prolongar todo lo posible aquellos momentos de agonía.

—¡Vamos! volvió á repetir el fraile, y todos se estremecieron con el enérgico acento de esa palabra.

Los cuatro descendieron hasta la calle, subieron al coche que los aguardaba y un ruido sordo y prolongado como el eco lejano de un trueno volvió á interrumpir el silencio de la noche.

María había partido ya.

Poco despues un hombre pálido, jadeante, seguía presuroso el ligero galopar de los caballos que conducían á María. El coche le precedía algunos pasos, y era imposible vencer esa distancia que insensible-

(1) Por razones particulares omitimos sus nombres que tampoco queremos sustituir por otros.

mente iba aumentando. Sus piernas flaqueaban ya cansadas de tan extraña lucha.

—¡Maria! ¡Maria! gritaba desconsoladamente y la espuma de la desesperacion cubria su boca y el sudor de la agonía inundaba sus cabellos. Su voz se apagaba con el ruido del carruaje sobre las mal empedradas calles de la poblacion.

—¡Maria! ¡Maria! volvió á gritar y haciendo el mayor esfuerzo de que su corazon era capaz llegaron á rozarse sus uñas con el hierro de una llanta y sus manos se inundaron de sangre.

—¡Maria! balbuceó casi moribundo y abarcó con sus brazos la ansiada rueda con la efusion de un deseo satisfecho despues de horribles ansias. El carruaje detuvo su marcha.... Esta singular victoria hizo recobrar sus fuerzas y al dar un paso mas para lanzarse sobre el coche, el choque de una enorme puerta contra su cabeza rechazó su cuerpo á una distancia considerable.

—¡Me ha engañado! exclamó, y cayendo sin sentido botó su cráneo contra el pavimento como una piedra contra otra.

Maria estaba ya en el convento.

III.

Algunos dias han pasado despues de la escena con que hemos concluido el capítulo anterior y en una de las celdas del Monasterio de S. Martin veíase al P. Ubaldo fijo al dintel de su ventana sin mas movimiento que una agitacion nerviosa de sus descoloridos labios. Su palidez era mas notable que en el momento en que por primera vez le hemos visto y sus ojos habian salido algunas líneas mas de su órbita, sin duda por la continua fijacion de las pupilas en un objeto.

Este objeto era la celda de Maria.

La corta distancia que existe entre ambos conventos y la estremada elevacion del de S. Martin, permitia al P. Ubaldo observar casi enteramente el interior de la celda de Maria por encima de la celosía de madera que hasta su mitad, cubria interiormente la inflexible reja.

De vez en cuando dejaba el fraile su incómoda postura y media á largos pasos su estrecha habitacion balbuceando el nombre de Maria. Este nombre, escrito profusamente en las paredes de su celda, en sus muebles, en sus libros, encerraba un pensamiento profano para el P. Ubaldo y divino para los demas que le leian.

Otras veces, á esa palabra tan escrita como pronunciada, sustituia otras que salian ardiendo del fondo de su corazon como la lava del seno de un volcan, entonces, con un estoicismo admirable, clavaba sus pupilas de fuego en la celda de la Monja de San Payo, y crispando horrorosamente sus enflaquecidos dedos repetia:

—¡Ya es mia! ¡ya es mia!...

Esta exclamacion participaba á la vez del lenguaje humano y del bramido gutural de una fiera.

Espliquemos ahora el proceder del P. Ubaldo. En el momento en que adivinó el amor de Carlos á Maria, el torcedor de los celos oprimió su corazon presa ya de otra lucha desgarradora. Su imaginacion ardiente pronto le suministró un medio para deshacer esa union moral de dos almas que se adoran. Para esto, imaginó llevar á Maria á una celda determinada del convento de S. Payo, la cual pudiese él ver desde la suya.

—Allí, decia, no podrán penetrar las miradas de ese hombre y si las mias; allí nadie la tocará con su hábito;... ¡solo yo!

Las circunstancias ayudaron su infernal proyecto. Las numerosas celdas del antiguo Monasterio de Ante-Altas, hoy S. Payo, estaban prontas á recibir á toda jóven que de grado ó por fuerza fuese á sepultarse en ellas, y en calidad de ex-vicario del mismo convento, le concedia los honores de la eleccion. Allanados todos los obstáculos, fijó, como ya hemos dicho, las 12 de la noche para la separacion de Maria de casa de sus padres, y esta fué la hora que la in-

fortunada jóven indicó á su amante. El genio previsor del fraile habia calculado ya este aviso y temiendo que su rival destruyese por algun medio su maquiavélico plan, se presentó una hora antes. Carlos se anticipó tambien, pero ya era tarde, y Maria oia sus gritos desgarradores en el fondo de su corazon aun cuando no llegaban á sus oidos.

La celda que á esta la destinaron era notable por su sencillez. Cuatro paredes la cerraban; en una de ellas estaba colgado un crucifijo y en la puerta se veía una mesa con una Dolorosa encima y varios libros divinos. En un rincón una cama cuyo fondo era de cuerdas, y en los otros dos lienzos una reja desde la cual solo se veían los lóbregos tejados de la poblacion, y una puerta que caía á un corredor mas largo que la esperanza. La única silla que pudiera servir de adorno á esta triste habitacion la ocupaba Maria, bella como siempre pero pálida. Sus facciones habian experimentado ese desencaje que causa el sufrimiento, pero su hermosura era mas notable, mas simpática, por el atractivo del dolor.

La misma noche del dia en que hemos visto al P. Ubaldo clavado en su ventana, fijando los ojos en la celda de Maria, esta los fijaba en un papel que oprimia alternativamente contra su corazon y contra sus labios.

Este papel era un billete de Carlos.

El dia siguiente al en que le habian separado de su amada de una manera tan inaudita, ya tenia una mensajera que llevase sus cartas á Maria porque todos se apiadaban del dolor de estos desgraciados amantes. Maria le contestaba al momento, trazando sus sentimientos con un pequeño lapiz que guardaba cuidadosamente, y por la noche dejaba caer su perfumado billete por una abertura circular abierta en la celosía de madera que resguardaba su reja.

La primera carta que Maria escribió en el convento fué una confesion franca y sincera de toda su vida; esa confesion que hasta entonces no se habia atrevido á revelar á Carlos, la hacia ahora porque la desgracia nos hace ser mas francos que la felicidad. Carlos sabia ya los infames manejos del fraile y un odio eterno le juró en el fondo de su corazon creciendo su amor á Maria porque ella no le habia engañado.

La noche, pues, que nuestra monja se estasiaba contemplando el billete de su amante, estaba contenta porque Carlos la amaba cual nunca y su amor era inmaculado, eterno, como el amor que envuelto en oraciones partia desde su corazon al cielo. Desde su estancia en el convento no se habia presentado el P. Ubaldo, porque ningun hombre podia profanar aquel sagrado asilo, y esta sola circunstancia infundia aliento en su corazon porque ahuyentaba á su verdugo.

Cansada de luchar con recuerdos de amor, guardó en su seno el plegado billete, y cediendo á la influencia del sueño, cerró sus hermosos párpados terminados por un negro fleco de arqueadas pestañas. El campo de las ilusiones ocupó su imaginacion siempre despierta. No eran ya las férreas puertas de un convento las que le separaban de Carlos, no; un lazo eterno los unia para siempre y estaban juntos allá en esa tierra extraña que solo vemos en nuestros ensueños de amor y que solo ha sabido describir el inspirado Milton. Carlos habia salido é iba á volver luego á abrazar á su esposa. Ya sentia sus pasos en la escalera, la puerta rechinó sobre sus goznes, ya estaba allí... delante de ella tendiéndola los brazos para estrecharla.... Esta conmocion la hizo despertar y el P. Ubaldo se presentó á sus ojos.

—¡Gran Dios! ¡Otra vez este hombre! exclamó Maria huyendo de su perseguidor y buscando en su reducida celda un punto de salvacion.

—Otra vez... y siempre, repitió el fraile subyugando á su presa con sus miradas.

—Ni este asilo es sagrado para vos.

—Yo puedo cruzarle. Ademas, ¿le profano yo acaso? Al decirlo que me ameís ¿os propongo algun crimen?

—Callad, callad.... ¡me habeis traído aqui para asesinarme!

—Vos me asesináis á mí, María; replicó el astuto fraile y el brillo argentado de sus ojos se apagó con una ligera capa de humedad.

—¡Ah! dejadme, dejadme, contestó la desgraciada monja retrocediendo cada vez mas, ó llamo á las hermanas del convento y os sorprenderán en mi celda.

—No os escucharían y creyendo que estais loca os dejarían gritar.

—¡Loca! exclamó María y el acento con que pronunció esta palabra era desgarrador.

—Sí, loca, ¿Sabeis lo que es estar loca? ¡Ah!... Yo lo estoy por vos, María; yo tengo en mi cabeza un pensamiento que me roe el cerebro; tengo en mi cuerpo un fuego que seca mis arterias. Una palabra no mas y destruiréis ese pensamiento que me mata y apagaís ese fuego que me devora.

—Jamás, jamás.

—Una palabra, María, y esa reja y estas paredes desaparecerán de vuestra vista. Decid que me amais y rompiendo los votos que nos ligan, buscaremos en lejanos países el premio á tanta pasión.

Dijo el fraile, y toda la sangre que circulaba en su cabeza se agolpó á sus mejillas que jamás habían sentido tal ardor.

—Respetad el hábito que nos cubre, replicó María huyendo del P. Ubaldo que incesantemente la acosaba.

—El hábito es el antifaz del cuerpo como la hipocresía lo es del alma.

—Y me habeis traído aquí para oír tales proyectos!...

—Os he traído para que huyais conmigo. Venid, María, nadie cual yo os ama, nadie; yo os adoro, os idolatro porque sois mi vida, mi alma, mi todo... venid, venid...

El fraile se había acercado tanto á María que el aliento de la virgen inundaba ya su calva frente. Esta voluptuosa sensación aumentó su satánico deseo, y asiendo con sus huesosas manos las delicadas de su víctima, arrastróla hácia sí con el apasionado furor de la locura. A tan aspero contacto se estremeció María, y temiendo cualquier violencia del carácter de aquel hombre, cayó de rodillas á sus pies inundado su semblante de lágrimas.

—Huyamos, exclamaba el seductor, huyamos para siempre.

—No, no, dejadme.

—Ven, María, y la arrastraba tras sí ciego de amor.

—La joven no podía ya oponer sus fuerzas; sus rodillas resbalaban sobre el pavimento de la celda obligadas por la poderosa contracción que en sus débiles muñecas ejercían las manos del raptor.

—¡María! ¡Ángel mío! repetía delirante el P. Ubaldo creyendo ya poseer aquel tesoro de amor y de gracia. Pero su ilusión se desvaneció bien pronto. Al llegar al dintel de la celda reunió María todas sus fuerzas y desprendiendo sus manos de aquella prensa humana que las sujetaban,

—¡Socorro, gritó, socorro... y sin poder concluir cayó desmayada.

Había visto brillar en las manos del fraile la acerada hoja de un puñal con que amenazaba su pecho.

Después de este grito de salvación se oyó un ruido débil, sonoro, como el choque de dos placas metálicas... ¡El ruido de un beso que profanó aquellos santos lugares!...

Al volver en sí María se halló rodeada de una porción de sus hermanas que la prestaban los auxilios necesarios para su restablecimiento.

IV.

Era la noche del 22 al 23 de Mayo y un silencio profundo reinaba en toda la ciudad; ese silencio que paulatinamente vá sucediendo al rumor de una población, hasta que en las altas horas de la noche se apaga enteramente como el eco de un sonido que se pierde en la atmósfera.

Solo tres personas velaban en esta ciudad de veinticinco mil almas.

El P. Ubaldo, fijo en la ventana de su celda, clavaba sus inmóviles pupilas en un punto luminoso que brillaba en el convento de S. Payo como el ojo de fuego de aquel ciclope de piedra. A favor de esa luz trémula y vacilante, distinguía el fraile todos los movimientos de María, adivinando aquellos que las paredes le ocultaban como si sus miradas la siguiesen al través de la gruesa mampostería.

Los latidos de su corazón, que turbaban el silencio de su celda, revelaban la conmoción que aquel hombre experimentaba. Veía á María que habiendo arrancado la celosía de madera se asomaba continuamente á la reja como si hablase con alguna persona. Esta idea desgarradora hizo presa en el corazón del fraile, y echando la capucha hácia atrás, sacaba su cabeza todo lo posible por si alguna palabra podía llegar á sus oídos. Nada; el silencio de la noche cubría todos los objetos.

Descendiendo ahora del convento de S. Martín al de S. Payo, de la obra de Sisnando á la de Alfonso el Casto, daremos una breve idea de esta última antes de indagar el motivo del insomnio de María.

Un inmenso polígono de sillería tan oscuro como irregular y tan elevado como oscuro, constituye el convento de S. Payo, que se alza al frente de la colosal Metrópoli como queriendo rivalizar con ella ó con el antiguo Monasterio de S. Martín fundado á corta distancia. Estos tres gigantes de piedra que vieron pasar sobre su frente las revoluciones del tiempo y de los hombres, forman el núcleo de aquella población que fué apiñándose alrededor de ellos como las arenas del desierto alrededor de las pirámides de Egipto.

Tres órdenes de rejas ocupan el lienzo occidental del primero de esos edificios y en una de las mas elevadas, situada casi en el centro, véase un resplandor intermitente como el que produce una llama que oscila agitada por el viento. Esta reja estaba abierta y los haces de una luz, pálida por la intensidad de las sombras, salían por su hueco y divergiendo en el espacio iban á chocar en la argentada esfera del reloj incrustada en la mas elevada torre de la Catedral. ¡Este emblemático círculo del tiempo era la mano de Dios señalando á la desgraciada monja las horas que restaban de su vida!

Al pie de esa reja iluminada, fijas sus miradas en ella y contando con impaciencia los momentos que transcurrían, veíase un hombre embozado en una capa y oprimiendo su corazón que quería saltarse de su pecho. A cierta distancia de este hombre dos hermanas caballos negros chocaban con sus herraduras en el pavimento ansiosos también de partir con la ligera carga que esperaban.

Aquel hombre era Carlos que iba á huir con su amada.

Veamos cómo.

Después de la escena en que el P. Ubaldo manifestó á María su criminal deseo amenazándola con un puñal para que callase, esta escribió á Carlos todo lo ocurrido y la desesperación de su amante llegó á su colmo. Era preciso arrancar á su amada de las garras de aquel buitre que quería saciarse en su sangre y esto solo podía hacerse arrebatándola del claustro. El soborno era imposible por la multitud de personas que debían iniciarse y fué necesario discurrir otro medio. Este medio era atroz, desgarrador, pero el único de salvación y María le aceptó porque en las organizaciones débiles caben á veces pensamientos colosales, y porque la presencia del fraile la aterraba mas que la muerte.

La noche á que nos referimos, María concluía su arriesgada empresa. Con una pequeña lima que Carlos le había remitido acababa de romper dos hierros de uno de los ángulos de la reja dejando libre un pequeño espacio en que solo su cuerpo podía introducirse, merced á la flexibilidad de que estaba dotado. Arrancados los hierros sacó su hermosa cabeza por la estrecha abertura y se estremeció su cuerpo al ver el abismo que tenía que cruzar antes de lle-

gar á su amante. Pero... era preciso completar la obra y despues de haber desatado de su cama la cuerda que en ella estaba entretejida, llenóla de trecho en trecho de inflexibles nudos para que sus manos tuviesen ese rudo apoyo al deslizarse. Esta cuerda no era suficiente para salvar la distancia que de su amante la separaba, y haciendo trizas algunas sábanas unióla á los extremos de las cuerda probando su indisolubilidad como si tejiese el hilo de su vida. Ató despues la prolongada sogá á los hierros de su reja y descolgándola en toda su longitud, se convenció de que llegaba al suelo por la tencion que su amante la imprimía.

Hé ahí unidos esos dos amantes por medio de ese singular vehículo que habia de conducir el cuerpo de Maria. Sus corazones latieron unisonos al tocar á un mismo aquel hilo de salvacion ó de muerte.

Establecida ya esta estraña comunicacion retiróse la monja de la reja y doblando sus rodillas ante el crucifijo rezó por su libertad, por su vida... Sus oraciones se agolpaban á sus lábios, trémulos por la emocion, y en medio de aquel religioso éxtasis del alma se olvidó de su amante, de su libertad, del mundo entero. El pensamiento se reconcentró en sí mismo y solo existia para Dios y solo á Dios queria consagrar toda su vida... Era imposible ya! La reja estaba destrozada y abierto otra vez el camino del mundo. Este pensamiento infundió á su corazón el valor que le hacia falta y levantándose rápidamente marchó á concluir su aterrador designio. Subióse sobre el dintel de la reja, abrazó con el ardor de un naufrago la nudosa cuerda y resbalando su cuerpo por la estrecha rotura de los hierros quedó suspendido en el espacio.

Cárlos la contemplaba con los brazos abiertos, sintiendo palpar su corazón de alegría y de temor, de esperanza y de incertidumbre. Veía á su amada cimbearse en el vacío, deslizarse lentamente y detenerse á cada instante en su aérea marcha. Su figura se dibujaba en el azul del firmamento rodeada de lumincentes estrellas como un sér fantástico de un mundo desconocido ¡Parecia un ángel que bajaba del cielo á colocar sobre la frente de Cárlos la corona del dolor!

A cada detencion de Maria el corazón de su amante latía de placer; á cada descenso sus latidos eran de dolor; diríase que de aquella débil cuerda pendian dos existencias.

Pronto iba á cesar tan prolongada ansiedad cuando un grito helador interrumpió el silencio de la noche. A este grito de muerte lanzado por Maria contestó Cárlos con otro de indignacion y de asombro.

Maria se habia estrellado á los pies de su amante. Cárlos habia visto brillar en la reja de su amada el acero de un puñal y los ojos del P. Ubaldo.

Este puñal cayó á sus pies poco despues que Maria. Abalanzóse á él con un movimiento rápido, nervioso y abrazando el exánime cuerpo de su amada, cuyo semblante no pudo besar por estar deshecho, corrió presuroso hácia la portería del convento. Llamó repetidas veces acompañando los golpes con gritos de desesperacion y de rabia, y el estruendo del aldabon era absorbido por las maeizas paredes del edificio como si á la voz de un desgraciado no tuviese mas ecos que los del silencio. Redobló los golpes y abrióse aquella puerta que otra vez se habia cerrado á sus quejas.

El asesino de Maria se presentó á sus ojos.

Las facciones del P. Ubaldo habian sufrido un notable desecaje. Dotados sus ojos de un brillo fascinador parecian dos placas de cristal en cuyo centro se veia un punto luminoso como si su cráneo estuviese ardiendo! Su enorme frente estaba cruzada por prolongadas arrugas que solo veinte años mas de vida pudieran haber trazado.

Al verle Cárlos alzó el puñal y al ir á clavarle en el pecho de su rival este cayó á sus pies exclamando:

¡Maria!... ¡yo te amo!!

Cárlos se estremeció al oír el acento atronador de estas palabras, arrojó el puñal que abrazaba su mano y mirando fijamente el semblante del fraile.

¡Dios mio! exclamó, vos le habeis castigado!

El P. Ubaldo se habia vuelto loco.

Dos horas despues de estos acontecimientos el pueblo se agolpaba ansioso de ver el cadáver de una monja que yacia destrozado sobre la *Quintana de los muertos*. Todos comentaban su horrorosa muerte, y al ver arrollada en sus manos la flexible cuerda decian que se habia rozado contra los hierros de su reja...!

Cárlos, mientras tanto, iba á llorar á un estraño suelo la desgracia de su amada y el P. Ubaldo escribia en las paredes de su celda el nombre de Maria, como un autómatá que funciona maquinaalmente mientras dura el movimiento de sus resortes.

R. RUA FIGUEROA.

ADVERTENCIA IMPORTANTISIMA.

Continuamente recibimos gran número de cartas de suscritores y corresponsales, que desean se prorogue el plazo señalado para recibir el ALBUM suscribiéndose al SEMANARIO. Opuestos siempre á alterar en lo mas mínimo las bases que una vez establecemos, no hubiéramos accedido ahora tampoco á los deseos que sobre el particular se nos han manifestado, si no mediaran dos razones poderosas: es la primera que quedando un número muy reducido de ejemplares de la reimpresion que ya una vez hemos hecho del ALBUM y no habiendo podido prever que ella no bastara á cubrir los pedidos; tenemos que proceder á hacer una edicion enteramente nueva, que por diligentes que andemos en ella no podrá quedar concluida hasta mediados de Enero. La segunda y mas importante razon que nos ha resuelto á prorrogar el plazo con obcion al regalo, hasta el 31 de Enero, es el deseo de que las personas que especialmente en provincias, se manifiestan inclinados á favorecernos con su apoyo, pero que escarmentados al mismo tiempo por otras empresas, no conociendo la puntualidad de la nuestra y dominados por otras mas hábiles en artes de seducir al público que en medios de complacerle y cumplir realmente sus ofertas, tengan tiempo de examinar algunos números y puedan juzgarnos por nuestras obras. En su consecuencia queda prorrogado el plan para adquirir el ALBUM hasta el 31 de Enero, en que se cerrará irrevocablemente la suscripcion con regalo. No hay esfuerzo que no estemos dispuestos á hacer para elevar al SEMANARIO á una altura á que no ha llegado ningun periódico literario de España, tenemos muchos obstáculos que vencer, contamos con especuladores de oficio que siempre ofreciendo y nunca obrando estan explotando el favor público y trabajan por continuar ejerciendo con sus publicaciones un monopolio escandaloso: lo sabemos perfectamente, de su parte tienen únicamente la ciencia de anunciar y de redactar prospectos, de la nuestra está el mas vivo deseo de distinguirnos por lo que hagamos no por lo que prometamos, para ello contamos con sobrados elementos y con una tenacidad en la que nadie nos aventaja. Pronto vá á tener el público ocasion de juzgarnos.

Hemos tenido que retirar dos grabados que debian entrar en este número, escusamos decir que en otro compensaremos con usura la falta.

Direccion Redaccion y oficinas calle de Jacometrezo núm. 26

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un Año 36.—Librerías de Pereda, Cuesta, Moñier, Mañte, Jaimebon, Gaspar y Roig, Razola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografía del Pasaje del Iris y de S. Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14 seis 24.—Remitiendo una libranza sobre correo franco de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID 1848—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ.